

SOLEMNIDAD SANTOS PEDRO Y PABLO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 16,13-19.

En aquel tiempo, llegó Jesús a la región de Cesarea de Felipe y preguntaba a sus discípulos:

-¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?

Ellos contestaron:

-Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.

El les preguntó:

-Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

-Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió:

- ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo.

Ahora te digo yo:

-Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará.

Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo.

APRENDIZAJE Y MADURACIÓN DE LA FE

El Evangelio de hoy, **«Solemnidad de los Santos Patronos de Roma»**, recoge las palabras que Pedro dirige a Jesús: **«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»**. Es una profesión de fe, que Pedro pronuncia no en base a su entendimiento humano, sino porque **«Dios Padre se la inspira»**.

Para el pescador Simón, conocido como Pedro, fue el comienzo de un viaje. De hecho, **«tendría que pasar mucho tiempo»** antes de que el alcance de esas palabras entrara profundamente en su vida, involucrándolo por completo. Hay un **«aprendizaje de la fe»**, que también afectó a los apóstoles Pedro y Pablo, similar al de cada uno de nosotros. **«Nosotros también creemos»** que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo, **«pero hace falta tiempo, paciencia y mucha humildad»** para que **«nuestra forma de pensar y actuar se adhiera plenamente al Evangelio»**.

El caso de Pedro es un ejemplo claro. Pedro, después de haber declarado su fe en Jesús, cuando Jesús le anuncia que **«tendrá que sufrir y ser condenado a muerte»**, **«rechaza esta perspectiva»**, que considera **«incompatible con su idea»** de Mesías. Incluso se siente obligado a reprender al Maestro, quien a su vez le recrimina: **«¡Apártate de mí, Satanás!»** **«Tú no piensas según Dios, sino según los hombres»**.

Pensemos en ello: **«¿no nos puede estar ocurriendo lo mismo?»** Repetimos el Credo y lo decimos con fe, pero **«ante las duras pruebas de la vida, todo parece tambalearse»**. Nos sentimos inclinados a protestar ante el Señor, diciéndole que no puede ser así, que tiene que haber otros caminos más rectos y menos fatigosos. Experimentamos **«la laceración del creyente»**, que cree en Jesús, confía en Él, pero al mismo tiempo **«siente que es difícil seguirle y se ve tentado a buscar caminos distintos a los del Maestro»**.

San Pedro experimentó este drama interior y **«le llevó tiempo su maduración»**. Al principio le horrorizaba la idea de la cruz, pero **«al final de su vida dio testimonio del Señor con valentía»**, hasta el punto de ser crucificado, según la tradición, con la cabeza hacia abajo, para no ser igual al Maestro.

El apóstol **«Pablo también tuvo su propio camino»**, él también pasó por una lenta maduración de la fe, **«experimentando momentos de incertidumbre y duda»**. La aparición del Resucitado en el camino de **«Damasco»**, que le hizo pasar de perseguidor a cristiano, debe verse como **«el inicio de un camino»** en el que el Apóstol se enfrentó a las crisis, los fracasos y el tormento constante de lo que él llama **«un aguijón en la carne»**.

«El camino de la fe nunca es un paseo, para nadie», ni para Pedro ni para Pablo, para ningún cristiano. **«El camino de la fe es exigente y a veces arduo»**, incluso Pablo, que se hizo cristiano, tuvo que aprender a serlo poco a poco, especialmente en los momentos de prueba.



A la luz de esta experiencia de los santos apóstoles Pedro y Pablo, cada uno de nosotros podemos preguntarnos: cuando profeso mi fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, **«¿lo hago con la conciencia de que siempre debo aprender, o presumo que ya lo tengo todo sabido?»**. Y también: en las dificultades y pruebas, **«¿me desanimo, me rebelo, me quejo, o aprendo a hacer de ellas una oportunidad para crecer en la confianza en el Señor?»** Porque, según escribe Pablo a Timoteo, Él nos libra de todo mal y **«nos lleva con seguridad al cielo»**.

Hace apenas unas semanas hemos despedido al Papa Francisco y tenemos un nuevo Pontífice, el **«Papa León XIV»**, que ha despertado no poca expectación en el mundo. Él ha sido **«el elegido para guiar a nuestra Iglesia en la Verdad y la Unidad»**, realidades muy queridas por nuestro Señor Jesucristo.

Es un buen momento, pues, para recordar aquella insistente petición del Papa Francisco, **«recen por mí»**, que nos invita, como cristianos, a vivir en oración **«por las necesidades y proyectos»** del sucesor de Pedro para que sea **«el Pastor que necesita este mundo maltrecho que vivimos»**.

También es una buena ocasión para pedir al Padre que **«la fidelidad de Pedro al Señor»** y **«el ímpetu evangelizador de Pablo»**, infatigable hasta desgastarse por Cristo, sean para nosotros y para los tiempos que vivimos, **«dos grandes acicates en nuestro compromiso cristiano»**. Que inspirados por **«Pedro y Pablo, roca y fuego de Cristo»**, nos conceda mantener sin fisuras nuestra confianza en Él y nos dé luz para buscar caminos y acciones **«para darle a conocer en el mundo de hoy»**. ¡Que así sea!